

5 voces miradas

Antes de desaparecer

Laura Giordani (Córdoba, Argentina, 1964)

A finales de los 70 se exilia con su familia en España, país en el que reside. Ha publicado los poemarios: *Materia oscura* (Baile del Sol, Tenerife, 2010), *Celebración del brote* (Zahorí-Poesía en minúsculas, 2009), *Noche sin clausura* (Amargrod, Madrid, 2012), *Una lengua impropia* (Ediciones del 4 de agosto, Logroño, 2014) y *Antes de desaparecer* (Tigres de papel, Madrid, 2014). Sus poemas han sido incluidos en diversas antologías y revistas. La encontramos en dos blogs que vale la pena visitar: <http://lauragiordani.blogspot.com> y <http://archipielagoenresistencia.blogspot.com>.

En este poemario toda la lluvia de la infancia. El olor, el tacto, la caricia de los animales, el temblor. Y las pequeñas muertes imperdonables que regresan siempre: los cachorros ahogados, el calculado martirio de las mariposas, la res inmensa a los pies de su carnicero, el corderito asado. Y el padre que desaparecieron: la madrugada, el silencio en la casa, la escolita del terror. Y la dignidad: “porque la dignidad puede resistir/ azul/ en apenas dos metros de tela”. Una niña mira el espanto con desmesurados ojos abiertos, una mujer dice, vuelve a vivir, el tiempo de la infamia. Y aquello que lo rescata, lo que niega para siempre a los verdugos: “ese gesto a pesar del miedo”. Y resistir con “ojos tabicados” soñando a quienes se ama. Laura Giordani se “instala en lo diminuto” y se aferra “a eso indestructible que enhebra sus cuerpos”; una piedad irrenunciable. Y se pregunta, nos pregunta: “Cómo creer en su revolución, sorda al dolor de lo que no habla”. En este libro está todo el horror de la dictadura argentina. Y la esperanza más mínima, más persistente, más indestructible. Indagación sobre la propia infancia y sobre el lenguaje: lo que sucede en las cunetas, lo que late en los márgenes, lo apenas decible. “Antes de desaparecer decirlo./ pero en voz baja”. Decirlo como una exigencia de verdad y reparación.

Antonio Crespo Massieu

Con guantes de goma anaranjada ella ahogaba los cachorros recién nacidos en el fuentón de lata: *no son puros, seguro que fueron los perros de Moroni*- sentenciaba y aguantando la respiración hundía a los perritos todavía ciegos, buscando el calor de la collie que aullaba junto a la puerta. Anegaba sus pulmones en el fondo hasta que flotaran y los metía en una bolsa de nylon que cerraba con nudos bien apretados. Luego se sacaba los guantes color naranja y con esas mismas manos cortaba el pan y trenzaba el pelo de mi amiga Alejandra.

[Todavía me persigue el llanto de aquella perra,
el frío mortal del lavadero.

Mi amiga creció, tuvo hijos, otra casa. Su madre siguió baldeando con desvelo la vereda cada mañana, ahogando -primavera tras primavera- perros sin raza.

[Extraño país]

Pasos de milico, luces blancas en las ventanas, sus libros destripados en la moqueta; a partir de esta madrugada habrá que leer en las ojeras de mamá como en la borra de la taza, en el sobresalto cuando suena el teléfono, en este silencio -techito de lata- para resguardarnos.

[Cuántos gritos se asfixian bajo tu garganta
patria
qué crímenes qué crines
arrancadas prematuras
conmueven
el hierro de tus próceres en las estatuas.

Leer los labios de los mayores, no atreverse a preguntar por qué no vuelve a casa.

[El secuestro]

Instalarse en lo diminuto, en lo imperceptible a los ojos necrosados por el vértigo. Sospechar esas palabras que se ofrecen con sus fulguraciones, sobre todo, esta ceguera de lastimar al tronco para escribir con un cuchillo el nombre propio.

En voz bajita volver a nombrar.

En esas habitaciones
donde el tiempo no pasa
sólo se arrastra
esa venda fue eclipse
y misericordia
celofán para los párpados

te acurrucas en una infancia
muy adentro
inaccesible al ultraje
y la picana

obras de nuevo el milagro:
multiplicas recuerdos como peces
y vas partiendo panes tibios
que rescatan

[siesta de enero aturdida
de chicharras
mamá esperando en el zaguán
con el vestido azul Francia

con ojos tabicados nos sueñas
y te salvas.

[Tabicamiento 1]

Decir bondad hasta que caigan las mariposas clavadas a esa enciclopedia reseca en la que aún buscamos la palabra primavera. (Con el polvo de sus alas y los pulgares entrelazados reconstruir algo parecido al vuelo abolido).

Seguir diciendo *bondad* hasta que todos los clavos caigan y el cuerpo revele su inocencia.

Empujar la puerta de esa habitación que los hombres clausuraron y ver a mamá cambiando los pañales a la abuela, siguiendo el hilo de su conversación extrañada, la viejita le llama *mamá* y algo parecido a la infancia vuelve a poseerle las mejillas. Anda perdida, canta canciones de otro tiempo: “vaga sola en el suelo pampeano, una loca de lánguida faz”.

Aferrarse a esa sustancia invisible que viaja entre sus manos, a eso indestructible que enhebra sus cuerpos.

El sobretodo azul que pusiste
sobre los hombros de la muchacha aquella
volvía empapada del interrogatorio
temblando
la mojaban la picaneaban
cada noche
la dejaban junto a tu colchón
con un llanto parecido al de un cachorro
ese gesto a pesar del miedo
a pesar del miedo te sacaste el sobretodo azul
para abrigo
no poder dejar de darle ese casi todo
en medio del sobretodo espanto
la dignidad puede resistir
azul
en apenas dos metros de tela
y en esos centímetros que tu mano
sorteó en la oscuridad hasta sus hombros

sobre todo

[El sobretodo azul]

Qué lecciones se aprenden
en esas aulas
qué aprende el hombre
sobre el hombre

aprendes a desaparecer
con otros tan rotos
empapados
aprenden de ese extraño
poder que los desintegra
de a poco en el aire

quizás aprenden
a desligarse
de sus nombres

mientras
aprendemos a rastrear en mapas
que se desdibujan
a traducir
la agitación del péndulo
sobre tu foto.

[La escuelita]

De niño,
atrapaba mariposas
para arrancar el polvo
de sus alas, palpaba con fruición
su suavidad celeste,
sedosa hasta la náusea,
hacía el signo
de la cruz sobre su frente
mientras las mariposas
trastabillaban, como derviches
giraban en fila

[enloquecidas sobre la tapia.

Ya no corre
detrás de las mariposas
del patio, pero dejará
-como en aquel juego-
madres de luto blanquísimo
girando en fila por la plaza

[Infancia del torturador]

Rastrear lo que resistió a la crecida, su podredumbre (o que gracias al barro no pereció). Con esa materia sobreviviente fabricar una figura que se nos parezca, como quien desteje un abrigo viejo y teje otro con su lana, eso que *ellas* hacían sin descanso para que lo que nos rodeaba no se desvaneciera del todo.

Sus agujas siguen hilvanando algo entre el olvido y nuestros huesos.

Ellas, guardianas de esas habitaciones a las que los hombres no entran, abrigando a los recién nacidos y a los recién muertos antes de que se enfríen del todo; ellas, resucitando helechos después de la helada.

Encontrar un atajo musical a las vísceras, esquivando el habla:

háblame sin palabras para poder volver
o con palabras que no saben
todavía
esas que guardan la tibieza del vientre
de aquella perra

los vecinos de los ligustros podados
la mataron con vidrio molido
por escarbar la tierra que apisonaban con celo
por la luz de sus excrementos en la vereda
por sus aullidos de hembra en celo a la siesta

sobre todo
para aplacar esa infancia triturada
que aún les devoraba los huesos
en los días de lluvia.

Los adultos siempre escondían algo, guardaban cuchillos o restos de escarcha en los cajones. Decían *solidaridad* o *habeas corpus* mientras asaban nuestro corderito, mi compañero blanco de huesos de nube. Cómo creer en su revolución, sorda al dolor de lo que no habla; pero sí creo en la ira de entonces al descubrir la parrilla, creo fervientemente en esa ira blanca que todavía cava pozos en sus jardines: esa sintaxis homicida llamada adultez

desconfío de las palabras
de los maestros de las palabras
dame
la afasia de lo blando
la certeza del tacto lo que no finge

otra vez el tacto
el tacto
digo
algo parecido a ese calor
para saber que regreso
las palabras no me llevan
a ese lugar in-tacto.